

el día en que a Usted lo celebramos allá bajo, y arriesgué la paradita confíao en que Usted miayudaría mas que juera poquiyo y como llevaba plata implié el papelillo ese de la jurisca. Anoche ya me había echao la plata a la bolsa pa cambiala por otro papel de a diez y entregásele al patrón hoy domingo, cuando jué y me sucedió la cosa de la lámpara eléctrica. Si no juera que allá quedaron los calzones le enseñaba la plata, que por cierto está en un papel de a cinco, tres de un colón y dos en plata blanca.

—Pero tu intención primera fué quedarte con el hallazgo; fué tu buenísima mujer la que te hizo cambiar de idea; pecaste, Jirón, pecaste sin necesidad.

—¿Sin necesidá? Pos, ¿a qué es lo que Usted llama necesidá? Más pobre que las ratas, viviendo con mi mujer y mis hijitos en constante miseria; sin segundo calzón que poneme ni pa coger misa; tosiendo día y noche que ya el ombligo lo tengo como un jaboncillo; la mujer, "yena" de calamidades; los chiquillos "yenos" de lombrices y diario dándoles paperas, corridas, tosferina, sarampión y escarlatina; mal comidos y mal cobijaos; trabajando de sol a sol cuando nues tuitica la noche pa ganar dos miserables coloncillos que no alcanzan ni pal maiz y los frijoles, y pagando dautores y medecinas y sin saber pa onde coger con tantas tribulaciones; aguantando viarazas del patrón, trapiadas del mandador y malos modos del político y del "fues de pas" y de cuanto mandinga manija las cosas del Gobierno.

San Pedro disimuladamente volvió la augusta faz hacia los archivos para que Jirón no notase su tristeza. Este prosiguió:

—Y mire, tocaquito, eso de que Costa Rica sea país de abundancia y esas otras alabanzas que Usted le echó se lo agradezco porque a "tico" no me gana naide; pero son pura música celestial. ¡Díonde! La cosa es muy diferente, allá es verdad que hay muchos que la gozan en grande; pero más, muchos más que se la pasan en las delgaditas. Hay mucha pobreza, mucha miseria, mucha enfermedad, mucho desamparo. Pa unos pocos el café a cien colones; pa sus piones, sudores y congojas y maltratos y picciyas sucias de piso de tierra y plátanos verdes y camiseta de manta y en todo el año no vienen a juntar ni con qué mercar una mortaja. Pa otros, bananos a veinte riales el racimo y pa sus "fornaleros", aguacero tieso, barro hasta la horqueta, fiebres, y tercianas; y cuando salen de la "línia" es a tragar quinina y guaro con guaro y a gastar los cuatro coloncillos que han apartao, en boticas y curanderos.

En tanto que Jirón hablaba, iba paulatinamente eliminándose la estancia con luz como de mil soles y el aire iba llenándose de plácida armonía. San Pedro, vuelto de espaldas, se enjugaba furtivamente las lágrimas.

—Y si ni juera porque uno es cristiano y tiene temor de Dios y porque se prende de los Santos y de la Inmaculada, ¡quién sabe si no pararía en saltador de caminos! Usted lo sabe, patrón; yo en mi miseria aparto cada año la plata pa su misa y pa su rosario, mas que ande con remiendos en la camisa y con los calzones desteños y le rezo con fervor y ¿qué le pido?, amparo, sólo amparo; juerzas pa seguir trabajando; ánimos pa no caer en tentaciones, salud pa mi mujer y pa mis muchachitos; y la mujer, ¿qué le pide?, lo mesmo: ayuda, resinación, alientos pa no caer redondita encima de los tñamastes u de la batea. Y ora que una corazonada me dió

el repente de mercar el número, viene usted y me trapea y me avasaya y ni me alza a ver! Ora que estoy acusao, ¡mi abogao se me niega y miabandona! ¿Es esto "fusto"? Pa mí que mejor niubiera...

No pudo terminar la frase; una mano llagada estrechó la suya y vió a Jesús rodeado de infinita majestad y dulzura, que le dijo:

—Jirón, no temás nada, anda a devolver la plata a tu patrón; tu hora aun no ha llegado; cuando vuelvas, mis brazos estarán abiertos para recibirte. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Y San Pedro, besando las manos del Maestro, y acariciando la cabeza de su protegido, díjole entre puchero y puchero:

—¡Tocayo, quedamos buenos amigos, andá gozala, pero portate bien y nada de escándalos!

.....
Cuando Jirón volvió a sus sentidos con tamaño chichón en la "jupa", todo vendado, oloroso a Agua Florida y "amoniaco", con parches porosos en pecho y espalda, sinapis-

mos en barriga y pantorillas y con la cabeza arrollada en trapos con hielo, rodeado de su llorosa compañera y de los chiquillos y de peonas, vió delante de sí al finquero quien se interesaba por el infeliz jornalero. Este tartamudeó con la boca torcida por la contracción nerviosa:

—Conceición, sacá de mis calzones la plata y dásele al patrón y esplicale; ¡date ligero!

La infeliz mujer obedeció y llevando a un rincón del cuartucho a su amo y señor, le dió cuenta del incidente y le mostró el billete, causa de tantas tribulaciones.

El patrón sacó de su bolsillo la lista de la lotería sorteada ese domingo, comparó el número 2009 y lo encontró premiado con ¡diez mil colones! ¡Te la sacaste, Jirón!

El enfermo tornó los ojos grandotes hacia la estatuilla de yeso rodeada de cabos de candela y con placer incomparable, enderezándose en la desvencijada cuja, exclamó:

—¡Chocala Toca! ¡Apuesto los riales que en todo el cielo no hay Santo más milagroso que Vos!

COSTA RICA AYER Y HOY

Por Alfredo CARDONA PEÑA

(En *El Nacional*, México, D. F., Marzo 11 de 1948).

Parece que en Costa Rica las cabezas ciudadanas han hecho de laureles almohadas.

Los despachos periodísticos de los últimos meses han dado cuenta, a grandes rasgos, de la delicada situación que prevalece en la Patria que fué, por mucho tiempo, ejemplo de pureza institucional y breve aunque profundo remanso de cultura, al extremo de que decir Costa Rica equivalía a indicar un maestro, una escuela y un libro. La literatura política de América ha dicho lindezas de la pequeña nación que tiene más profesores que militares, más planteles que cárceles, y cuyos presidentes platican con el hombre de la calle parados en una esquina, mientras esperan el coche.

Costa Rica fué, hasta hace pocos años, un rincón americano que cultivaba su democracia y vivía al amparo de viejos patriarcas que venían de Rousseau, de Bentham y de los grandes pensadores europeos y americanos del pasado siglo. Buenos zorros liberales, sanos hasta para enfermar, que discutían en el ágora los problemas del día y organizaban la transmisión de poderes con la veneración de un rito secular.

Este clima social, idealista y positivo, parecía reflejar el otro clima de las montañas, templado y eternamente azul, en cuyo seno se reclinaban las aldeas y bostezaba la escuelita rural.

Y así, en paz con Dios y con el barómetro, recibiendo la independencia como recibe una señora su ramo de orquídeas, sin hacer nada más que esperar el día del onomástico, Costa Rica construyó su tradición y levantó los cimientos de su limpio teatro de costumbres.

Mas pasaron los años, murieron los maestros, vino el gran fracaso de la vida en manteles, y concluída la breve angustia de una sola dictadura, esta profesora de energías cívicas contrajo enfermedades al parecer incurables. Esas enfermedades de los pueblos demasiado jóvenes, viruelas en la honestidad, irritaciones en la lengua, tosecitas en la malicia, etc., que producen la calentura de la ira y el zarpazo de la codicia.

Hace mucho, allá por 1900, el boliviano

A. Arguedas escribió un libro que se llamaba *Pueblo enfermo*. Libro que mereció de Unamuno aquel precioso artículo acerca de la *Envidia Hispánica* en donde analizaba los males físicos más considerables de la sociedad: lujo y envidia.

Lujo y envidia, es decir, ostentación y vanagloria, rastacuerismo y babsidad cainita. Esta maldad apareció en Costa Rica con tan refinados sistemas de experimentación, que pronto la cosa pública se convirtió en negocio de mercado.

En la actualidad, tiene lugar en aquel país una lucha social de primer orden. Los trabajadores, los campesinos, los que hacen la vida, el pueblo, en fin, ese pueblo de Costa Rica que tiene candores de cien años, atareado con su carreta de preciosos bordados, juega ahora su carta decisiva, enfrentándose a unas cuantas familias que quieren seguir medrando, sin perder posiciones ni privilegios.

Todos los barruntos hacen suponer que en Costa Rica se gesta una guerra civil. ¿Habrá, por fin, una guerra civil en Costa Rica? ¿Y qué es una guerra civil, sino la más dolorosa de las guerras, el fratricidio organizado, la madre contra la madre?

"Si pequeña es la patria, uno grande la sueña", decía Rubén Darío. No es que desee la sangría de mi patria chica. No. Lo que pasa es que un país como Costa Rica, donde los grandes problemas económicos y sociales se han discutido alrededor de una taza de café, la contienda franca, abierta, material, adquiere lógica y se hace inaplazable, desgraciadamente. Siempre he pensado —y es un pensamiento sombrío, pero veraz— que los pueblos que no han tenido revolución tampoco han recibido el bautizo de la sangre. Este bautizo, tan doloroso como un hermano muerto, da a los pueblos el derecho de pertenecer a la religión del hombre, los hace hijos del hombre, como el otro bautizo hace hijos de Cristo.

Y esto falta en Costa Rica. Quizá sea esta experiencia la que falte a ese país para estar en paz con su conciencia y comprobar lo dilatado de su destino.